

## Negroni

Al despertar, Arturo Osuna necesitó unos segundos para averiguar quién estaba en su cama. No recordaba a la mujer, pero se tranquilizó. Primero, porque era una mujer. Y, además, porque no era fea, ni la novia de un amigo, ni alguien que ya hubiera estado antes en esa cama y que por tanto pudiera empezar a creer remotamente que algún día le sería entregado su propio juego de llaves. Se levantó en silencio para no despertarla y aguardó a que lo alcanzara la reconocible sensación de mareo y deshidratación. Tenía los orificios nasales taponados, un gusto químico en la garganta y un dolor afilado en la nuca. Se sintió viejo, mortal e hinchado, es decir, necesitado de una copa. Prendió el primer Lucky del día mientras contemplaba, desparramado por el suelo, el uniforme sudista de general Lee con el que la noche antes gobernó su célebre fiesta de disfraces anual con la alegría y las efervescencias sociales que lo habían convertido hacía tiempo en un clásico de la mundanidad en Madrid. Aunque no siempre sabía mantenerse a ese

lado del alcohol protegido de los excesos de sinceridad y crueldad.

La fiesta de ese año requirió en el *dress-code* disfraces relacionados con el Western, y los invitados consideraron una brillante ocurrencia, típica de Arturo, que uno de los bármanes del Dry hubiera sido contratado para mantenerse toda la noche a disposición disfrazado como un vendedor de crecepelos, ungüentos y remedios milagrosos del Oeste. Más de una vez atravesó el salón donde los fiesteros bailaban haciendo sonar una campana como un buhonero al entrar con su carreta en un villorrio fronterizo. También fue muy apreciada la broma de la quiromántica que recibía en una habitación acondicionada como un gabinete esotérico y que fue instruida para que, cada vez que se sentara a consultarla una mujer, le leyera en la palma de la mano y en las cartas adulterios terribles, orgiásticos, a los que le estaría sometiendo su pareja. Varias discusiones empezaron así durante la velada, para regocijo de sus cómplices atorrantes. Un par de días antes, mientras preparaba su disfraz, Arturo había vuelto a entrar en conflicto con las revelaciones de su edad cuando se dio cuenta de que no necesitaba agregarse canas teñidas para interpretar a un general del Sur. Ya tenía el *physique du rôle*, salvo por ciertas esfericidades y blanduras recientes de piel en las que no descubría nada dignamente provecho con lo que consolarse.

Arturo entró en los dos salones contiguos separados por una puerta corredera y de inmediato los restos de la fiesta le inspiraron tristeza. Los decorados, encargados a un atrecista teatral, y que constaban de un indio con plumaje de jefe de tamaño natural, de un águila imperial

suspendida del techo, de un patíbulo con una horca, de un conjunto de tipis instalado en la terraza y de dos fachadas, la de un saloon con abrevaderos para caballos y la de una funeraria con un forajido ejecutado metido en su ataúd y con un cartel explicativo de sus desmanes pinchado en el pecho, de repente ya no contenían la promesa de una fiesta, sino la certeza de un momento concluido. Eso ponía triste a Arturo, los momentos concluidos, así como la visión de los salones descompuestos después de que pasara por encima de ellos una fiesta que aspiraba a ser motivo de conversación en los clubes de la capital durante días. Arturo decidió de pronto que no podría soportar sus salones mientras el servicio no los hubiera adecentado, mientras el portero no se hubiera llevado al garaje, para su posterior destrucción, los despojos del decorado. Al otro lado del ventanal vio que en el colegio de enfrente, el de San Diego y San Vicente, sede de una checa durante la guerra, se estaban disputando los partidos de futbito de los sábados. Resolvió ducharse e ir a desayunar a la terraza de Richelieu, que estaba justo enfrente de su casa, en la amplia avenida de Eduardo Dato, que fluía desde Chamberí hacia la Castellana con sus tres carriles por sentido y con su bien ganada reputación burguesa. Ese invierno, Arturo había aprovechado la llegada de los patinetes eléctricos para bajarla y subirla a bordo de uno, erguido el mentón como en gesto hierático y orgulloso, con el sombrero Fedora puesto, con el abrigo Chester, con toda su construcción encima de señorito millonario y de lobo de bar que se cagaba en los árbitros del San Diego y San Vicente que tocaban silbatos a horas intempestivas del sábado, tales como el mediodía, en las que

Arturo bastante tenía, al sentir un cuerpo a su lado, con descubrir que se trataba de una mujer y no de cualquier extraño polizón rescatado en los naufragios de la noche.

Brillaba un sol invernal tenue. Arturo, con las gafas ahumadas puestas, se sentó en una mesa de la parte descubierta del velador, cerca de la entrada de la pastelería. Sin palabras, el limpiabotas de Richelieu le preguntó si quería una pasadita en los Sebago y, también sin palabras, Arturo le contestó que tal vez más tarde. Luego respondió con parquedad al «Buenos días, don Arturo» del camarero, que enseguida intuyó que su cliente tardaría dos copas en apeteecer de conversación. Arturo le pidió el *ABC*, dos paquetes de Lucky y un negroni. El *ABC* no lo quería para leerlo, sino para que se le viera en la mesa. El negroni se lo trajeron con unos anacardos y unos canapés de tortilla de aperitivo, y Arturo decidió que en eso consistiría su desayuno. Al tratarse del primer negroni del día, aún lo encontraba un poco fuerte. Pero el primer sorbo le confirió quietud y una temperatura interior distinta. Suspiró después de tragarlo y se hizo más blando en la silla. Sabía que el alcohol no tardaría en aliviarle la migraña y quedaría en disposición de hacerse limpiar los zapatos y de conversar hasta de la batalla del Kursk como a veces lo hacía con un viejo aristócrata, otro habitual, que solía sentarse solo todos los días menos los domingos en que traía a los nietos después de la misa en San Fermín de los Navarros.

Mientras encargaba el segundo negroni, al que esta vez añadirían un plato con triángulos de queso manchego y lascas de lomo curado, Arturo vio que la puerta de su portal se abría y que por ella salía, vestida con lo que

quedaba de un disfraz de bailarina de cancán, la mujer que había amanecido en su cama. Para cubrirse, le había sacado del armario una chaqueta de punto con los colores de la bandera británica, comprada durante un viaje remoto a Londres para ver un concierto de los Who, que en ese instante lamentó ir a perder. Porque le faltaba al menos un negroni para cometer la descortesía de obligarla a dejarla antes de rajarla calle abajo. Por la expresión con que miraban a ambos, se notaba que los camareros no albergaban dudas acerca de cuál era el piso del que venía baqueteada por la noche y con desgarros en las medias de rejilla. El camarero intuitivo se dio cuenta de que Arturo no deseaba que se sentara a su mesa y se interpuso entre ambos, fingiendo que arreglaba el servilletero, para que ella no lo viera antes de salir a la calzada a parar un taxi.

—Gracias, Pablo.

Con el tercer negroni, reclamó a Manuel, el limpia, y hasta le compró lotería. Manuel, patilludo y agitanado como un cliché, era un antiguo torero de los tiempos del tremendismo que aseguraba haber hecho algún paseíllo con el Cordobés antes de que las cornadas lo dejaran cojo. Era verdad que tenía un chirlo en la mejilla y que una vez que pusieron en duda sus relatos se bajó el pantalón con toda la terraza llena y mostró unas cicatrices espantosas que le cruzaban la ingle y el muslo. A Arturo le daba un poco igual, los toreros le interesaban menos que los mariscales de las guerras napoleónicas, pero le hacía preguntas corteses para ayudarlo a sentirse importante y porque en el fondo le gustaban esas historias de hambre, sangre, abanicos y veranos peligrosos de viajar a un lado y otro de Despeñaperros.

Cuando probaba el cuarto negroni, ya con la cabeza despejada y el ánimo optimista, Arturo decidió que iba a almorzar y que no iba a hacerlo solo. Llevaba un rato frotando en el bolsillo el llavero del Jaguar XE que guardaba en el garaje y pensó que podría sacarlo para darle una vuelta hasta El Pardo. Arturo no sabía conducir ni tenía carné. Con el Jaguar le pasaba lo mismo que con el *ABC*, era un complemento de vestuario. A veces invitaba a almorzar a algún amigo o se iba con una novia fugaz a algún parador el fin de semana para que se lo condujeran unos kilómetros, él no habría sido capaz ni de arrancarlo. Los estragos de su propia fiesta le hicieron difícil encontrar a alguien, pues muchos conocidos dormían aún o habían decidido quedarse encerrados para recuperarse. Dos de los amigos más íntimos permanecían ilocalizables. Al final convenció a Carolina, una mujer a la que había conocido trabando conversación en Twitter durante las numerosas horas ociosas que todos los días dedicaba a tuitear con un pseudónimo, normalmente sentado en esa misma terraza de Richelieu o entre las evocaciones de caoba del interior del bar. Con Carolina había tenido un liviano frotamiento el día en que se conocieron por fin, pero pronto su relación derivó a un cordial entendimiento en el que él improvisaba chistes y profundas sentencias sobre la vida y ella reía o escuchaba con solemnidad, según correspondiera y sin equivocarse jamás. Carolina era la única persona con la que Arturo sentía que le quedaba expuesto el personaje real y destartalado. No el campeón social que todos los días debía escoger cuál era la invitación de las muchas recibidas a la que atendería. Carolina era entrenadora personal en el gimnasio del Wellington

e intentó animar a Arturo para que se apuntara porque sentía que en la actividad física era donde ella podía ayudarlo a encarrilar un esfuerzo de redención que Arturo jamás se había propuesto hacer y que nadie le aconsejaba a su alrededor para que no se volviera aburrido como otros renacidos a lo diurno. Se inscribió de todas formas en el gimnasio por agradecimiento y por no desairar la ternura de Carolina, e incluso dos tardes se pasó por allí y se subió a la cinta a caminar un rato antes de entregarse a la llamada del bar inglés del Wellington. Al gimnasio ya solo iba a las aguas, a darse masajes y a sudar en la sauna noches como la que acababa de atravesar, que eran todas las noches. Se preguntó si le daba tiempo de tomar un negroni, el quinto, antes de que llegara Carolina. Vivía en Vallecas. Le daba tiempo.

Había poco tráfico en la Castellana y Carolina disfrutaba como una niña con el vozarrón que le devolvía el Jaguar cuando pisaba un poco el acelerador. Arturo disfrutaba porque lo hacía Carolina, y porque los negronis le habían abierto un espacio mental dentro del cual todo era cálido y bonancible. Le habría gustado acariciar a Carolina solo por extender el bienestar, el cobijo en el que se hallaba, pero no lo hizo para no crear ninguna confusión sexual. La del asiento fue la piel con la que se rozó. Como los tres —también el coche— lo estaban pasando bien, decidieron descartar el proyecto de El Pardo e irse a almorzar más allá, a Sepúlveda. Fue un error. Arturo, que ya habría tenido que conocerse mejor los plazos de duración de los efectos de una ronda, descubrió demasiado tarde que la A-1 se le estaba haciendo larga. No habían terminado de

subir Somosierra y era como si el mal humor y la melancolía hubieran entrado de redada para clausurar el refugio creado por el negroni. Se sintió víctima de un desalajo anímico y sucumbió a la ansiedad cuando comprendió que estaba, a no menos de cuarenta y cinco minutos de su casa y de sus calles, ante un paisaje serrano que de pronto era hostil como esos lugares de los que en las novelitas del Western se dice que son propicios para la emboscada. Carolina intuyó lo que ocurría y, muy amablemente, como si estuviera convenciendo a un suicida encaramado a una ventana de que volviera a entrar, le preguntó si quería parar en un bar «a picar algo». A Arturo, obviamente, le pareció una idea excelente.

Salieron de la autovía y, en algún lugar entre Cerezo de Abajo y Sotillo, la carretera se volvió comarcal y desolada. Rodaron un tiempo sin ver otra cosa que balas de heno, rapaces de vuelo bajo y un par de ruinas de antiguas casas de labranza manchadas con grafitis escatológicos. A su izquierda, brumosa, se alzaba la mole de la sierra de Guadarrama, que parecía haber surgido en ese instante para demorarle a Arturo la restauración del don Arturo de los camareros de Richelieu. Había una cordillera interpuesta entre él y la serenidad de los hechos previsibles. Por fin dieron con un lugar donde se despachaban bebidas alcohólicas. Se trataba de un hostel de carretera de un tamaño considerable y que parecía haberse quedado desplazado en tierra de nadie por la apertura de alguna carretera nueva. Tenía habilitadas muchas más plazas de aparcamiento de las que podría haber llenado jamás. Los neones tenían perforaciones como de pedradas. La oscuridad de cielo nublado y de exfoliación otoñal lo volvía todo aún más



espectral. Había ramas peladas que parecían garritas de Nosferatu. Demasiados recordatorios de finitud para el ánimo de Arturo, apesadumbrado durante el viaje de vuelta alcohólico.

Entraron en el bar y atrajeron cuatro miradas hirsutas. El lugar no estaba bien iluminado y, por instinto, Arturo decidió que no congeniaba con el ambiente. Un mostrador ofrecía al viajero delicias de la gastronomía local, legumbres, quesos, chacinas, licores digestivos, un dulce horneado en algún convento cercano. Parecían llevar meses ahí, esperando la llegada de un autobús de excursionistas que luego siempre pasaba de largo. Destellaba una máquina tragaperras, y junto al mostrador estaba colgado el número parroquial de la lotería de Navidad.

—Buenas tardes.

—La cocina está cerrada. La cocinera no vino hoy a trabajar. Bocadillos puedo darles. Y un pincho de tortilla. Y un poco de morcilla puedo cortarles.

—No se preocupe. En realidad, queremos beber. Dos negronis, por favor.

El hombre que estaba al otro lado de la barra, ya de cierta edad y curtido por la intemperie, triste como si el margen de beneficios jamás terminara de alcanzarle para ponerse en el bar el fútbol de pago, reaccionó a la palabra negronis como si se dispusiera a apuntar, para no olvidarla jamás, la fecha en que alguien la pronunció por primera vez en su local. Ni siquiera estaba seguro de que no se estuvieran burlando de él. «¿Qué ha dicho?», oyó Arturo que preguntaba al otro uno de los dos hombres que tomaban café en la barra, a tres o cuatro taburetes de distancia. El tercer cliente bebía solo, probablemente

orujo, en una mesa, y Arturo pensó nada más verlo que, si algún día le descubrían cadáveres en un huerto, ningún vecino podría decir que de él nadie lo habría imaginado. Como no cabía imaginarle, pensó Arturo, era cantando a ABBA. La hostilidad predominaba sobre la curiosidad en su mirada.

—Arturo —pidió Carolina—, no lo compliques. Supongo que puedes arreglarte con un gintonic.

—Sí, claro, y en vaso de tubo, para terminar de renunciar a todo lo que vale la pena. Como si en el mundo solo existieran tugurios como este y no se pudiera aspirar a algo mejor.

En lo concerniente al desamparo y el extravío, esto era mucho peor que haber pasado al otro lado de una cadena de montañas. Arturo estaba en un bar, en un pueblo, en un mundo, adonde no había llegado el negroni. El Real Madrid sí había llegado, lo demostraba un póster. Y el camión de Frigo. Y las máquinas expendedoras de tabaco. Y era obvio, por la longevidad de los presentes, que también habían llegado los ambulatorios y los medicamentos. Pero el negroni no. El negroni estaba aún por traer. O mejor sería que no viniera nunca, porque el negroni pertenecía a otros ámbitos y allí parecería tan exiliado, tan perdido entre paganos, como el propio Arturo. Por supuesto, hizo una escena. Se volvió arrogante, desdeñoso, dijo catetos, se cagó en el puto campo. Hizo méritos para que en verdad alguien desenfundara. Pero nadie lo hizo. Siguieron mirándolo como a un excéntrico con coche bueno y compañía guapa que pide cosas raras y después enloquece. Le consintieron el desahogo sin apenas inmuntarse. Carolina, avergonzada, musitando disculpas, trató

de llevárselo. Solo consiguió atraerse los peores insultos proferidos durante esos tres minutos de furia.

—¡Deja ya de salvarme la puta vida! ¡Búscate a alguien que te la meta, que te hace falta, y deja de salvarme! ¡Que no quiero ponerme en forma, joder, a ver si te enteras!

Le pegó un empujón para sacársela de encima y Carolina cayó al suelo después de tropezarse con una silla. Ahí sí reaccionaron los hombres. El propietario lo conminó mostrándole una porra en la que Arturo llegó a leer: «Recuerdo de Calahorra». Incluso en su estado, le pareció una medida desproporcionada, maleducada. Jamás en su vida había levantado una mano como no fuera para parar un taxi; verse de repente envuelto en una pelea, y además en una pelea de bar, era algo sórdidamente inelegante. Con el agravante de que podían descalabrarlo con un recuerdo de Calahorra. Además, la vergüenza ante Carolina ya había desactivado por completo el acceso de cólera y querría haber podido explicárselo a quienes lo sujetaban. Pero lo tenían agarrado por el gáznate. Solo Carolina impidió que le pegaran. Lo sentaron en una silla y todos guardaron silencio unos instantes. Arturo necesitaba embrutecerse con alcohol y pidió una copa de lo que fuera.

—No, señor. Usted no va a beber en mi casa. Y si no se marcha llamaré a la Guardia Civil.

—Digamos mejor que su casa no es digna de que yo beba en ella. Nos marchamos nosotros porque nos da la gana, ¿verdad, Carolina? Venga, aún llegaremos para comer en alguna parte.

—Yo no voy.

—No digas eso, Carolina. Te pido perdón. Pero tú misma lo viste, fue un accidente.



—Estoy harta de que me hagas pasar por estos pape-  
lones. Y tú mismo lo has dicho: no tengo por qué estar  
siempre dispuesta a salvarte. Mira por dónde, mañana no  
sé, pero hoy te vas a salvar tú solito.

—Carolina...

—¿Sabe alguien cómo puedo llegar a Madrid?

—En un rato saldrá el autobús de la peña que va al  
Bernabéu para ver al Madrid. Véngase, hay sitio de sobra.  
Hoy no vamos muchos.

—¿Dónde está eso?

—En el pueblo, a un par de kilómetros. Vamos, allí po-  
drá comer algo antes de salir. Le conviene dejar a este  
hombre tranquilo hasta que se le pase el pedo. Todavía se  
le pone tonto otra vez y le tenemos que soltar dos hostias.  
Y si es su novio, búsquese otro.

—¿Uno como tú? Míralo, el Alain Delon de Cerezo de  
Abajo.

—Cállate que te caen las dos hostias. Último aviso.

Se calló, por supuesto. No insistió a Carolina ni cuando  
ella le depositó en la mano las llaves del Jaguar y se la  
apretó levemente, con un deje de ternura, como si qui-  
siera dejarle la esperanza de un día siguiente en el que la  
amistad podría ser reconstruida.

—No estoy enfadado, querida. Ya hablaremos. Mira, a  
lo mejor te espera una aventura y terminas el día tocando  
un bombo. Qué envidia solo de pensarlo.

Salieron. Arturo escuchó el sonido de los neumáticos  
sobre la gravilla y deseó que por lo menos el coche de ese  
tipo olera espantosamente a ciervo muerto. Deseó que el  
ciervo muerto fuera atado en la baca. En el bar quedaron  
cuatro hombres. Arturo. El propietario. El del taburete.

El de los cadáveres en el huerto. El recuerdo de Calahorra permanecía sobre la barra, a mano.

—Bien, bien, bien, bien, bien... ¿A alguien le apetece una copa? Invito a esta ronda.

—Este tío es la leche.

—Pero cómo tengo que decirle que en mi casa no va a beber ni a quedarse.

—Venga, hombre, que la chica ya se ha ido. Ya puede dejar esa actitud de macho protector. No va a impresionar a nadie. Portémonos como gente educada y dejémonos arrastrar a la fraternidad de los bebedores. Dentro de un rato nos estaremos exaltando la amistad los unos a los otros.

—Pero qué coño dice.

Por primera vez habló el legendario psicópata de la huerta:

—Ramón, el hombre ya está tranquilo. Tampoco ha sido para tanto. Este bar ha visto cosas peores. Pon una ronda. Pero no de esa mierda de pijos que dijiste al principio.

—¿Negroni?

—Esa mierda.

—Claro que no. Lo que gusten. ¿Whisky Dyc, para honrar en su propia tierra al entrañable Segoviano?

—Whisky pero bueno, porque pagas tú. Ramón, JB.

—¿El JB es bu...? Sí, señor, excelente elección.

Bebieron. Se dejaron arrastrar a la fraternidad de los bebedores, al menos hasta el punto en que eso puede hacerse en un hostel de carretera segoviano durante una estación de atardeceres prematuros. Tampoco es que exaltarán la amistad. Aquí podría hacerse una elipsis después

de la cual encontraríamos a Arturo forcejeando por deshacerse del hombre del taburete, enojado este después de recibir otro intempestivo insulto de borrachín. El recuerdo de Calahorra volvía a estar peligrosamente activo.

—¡Se acabó! ¡Hasta aquí hemos llegado! ¡Ahora sí que te vas a la puta calle! ¡Metiendo cerdos en la cama se calentará en invierno tu puta madre!

Lo echaron. Arturo levantó el mentón, como cuando se ponía digno como una estatua ecuestre a bordo del patinete, y caminó hacia el Jaguar con un paso desbaratado. Hasta se llevó la mano al bolsillo para sacar las llaves, como si el alcohol le impidiera recordar que no sabía conducir. Se acordó cuando ya estaba sentado como para arrancar, y entonces bufó y dejó caer la cabeza sobre el volante. Mecagüen. Vaya día. No podía plantearse volver a entrar para pedir ayuda. Esta vez le arrearían con el recuerdo de Calahorra sin darle tiempo ni a decir nada. No podía llamar a algún amigo de Madrid para que acudiera a socorrerlo, la ciudad estaba demasiado lejos. Tampoco a Carolina, su enfado había sido demasiado tajante. Podía abandonar el coche temporalmente y caminar hacia una estación o un apeadero, pero no sabía ni por dónde empezar a buscar. Se quedó adormecido. La tarde estaba ya muy avanzada y la luz se iba entregando a un ocaso prematuro. Lo sacaron del sopor los destellos azulados del Patrol de la Guardia Civil que paró junto al costado del Jaguar. Le hicieron bajar la ventanilla.

—¿Todo bien? ¿Qué hace usted ahí parado?

—Estoy descansando. Llevo de viaje todo el día.

—¿Ha bebido usted?

—Sí.

- No está en condiciones de conducir.
- Ya, pero es que no estoy conduciendo.
- Tampoco me parece que dentro de un rato vaya a estar en condiciones de conducir.
- No importa, tampoco sé conducir.
- ¿Cómo?
- Conduce una amiga.
- ¿Y dónde está?
- No lo sé. Creo que está tocando el bombo para una peña del Madrid y que se ha ido de gira.
- Me parece que le vendría bien venir con nosotros y serenarse en el cuartelillo. Saque la documentación que haya en la guantera.
- No, no... De verdad que no hace falta. Suena todo delirante, pero es que el día que llevo lo es. ¿Les invito a una copa mientras se lo explico? Yo creo que con ustedes acompañándome no se atreverán a darme recuerdos de Calahorra.
- Venga, al cuartelillo.
- Que no hace falta, de verdad. Yo se lo explico. Tenga, la documentación.
- El coche no está a su nombre.
- Está a nombre de una empresa mía. Una instrumental, no le voy a mentir. Yo no conduzco. Me trajo una amiga/choferesa, pero se enfadó conmigo y me dejó abandonado.
- ¿Y va a quedarse usted ahí metido hasta que vuelva?
- No creo que vuelva.
- Entonces, ¿hasta cuándo piensa usted quedarse ahí metido?
- No lo sé. ¿Ustedes me pueden ayudar?

—De qué manera.

—¿Uno de ustedes puede conducir mi coche hasta algún lugar donde pueda coger un tren? Ya regresaré a buscarlo.

—Lo que podemos hacer es llevarlo al cuartelillo para que duerma la mona. Aquí cerca no hay tren, además.

—Voy a esperar a mi amiga. Seguro que volverá. No estoy haciendo nada ilegal. Solo estoy aquí sentado.

—¿Por qué no entra en el bar?

—Porque no hay negroni.

—¿No hay qué?

—Déjelo... Empiezo a creer que es una palabra que me he inventado. Un recuerdo de otra reencarnación. En esta me ha tocado vivir en un mundo donde solo hay carajillos.

—El negroni es un cóctel a base de ginebra, Campari y vermú inventado por el conde Negroni una vez que añadió ginebra y le quitó la soda al cóctel Americano.

—¿Eso lo ha dicho su compañero? ¿Acabo de encontrar un semejante en esta espesa oscuridad del alma y de Segovia?

—Es que lo acabo de mirar en el Google. Me ha despertado curiosidad. El instinto policial, supongo. Ningún misterio queda sin resolver.

—Cómo me gustaría invitarlo a usted a su primer negroni.

—Nah, yo no bebo. Hago triatlones.

—Nos vamos a marchar. A la vuelta de la ronda nos fijaremos en si sigue usted aquí o si su amiga ha vuelto. Lo mejor sería que entrara en el hostel y pidiera una cama. Por la mañana habrá menos oscuridad. En su alma no sé, pero en Segovia seguro.

Arturo volvió a quedarse solo y adormecido. Se le había pasado la borrachera y le dolía la cabeza. Estaba triste y pastoso. Habría puesto en marcha la calefacción del Jaguar, pero no sabía cómo hacerlo. Vio salir del hostal a uno de sus viejos conocidos. El de los cadáveres enterrados en el huerto. Caminaba hacia un Renault aparcado debajo de la marquesina de uralita pero vio a Arturo, se desvió y enfiló el Jaguar. A Arturo se le ocurrió pensar que ya se habrían diluido los enojos y que podría pedirle un envión a alguna parte.

—¿Sigues aquí? ¿Todo este rato?

—Sí, aún no me he puesto en marcha —respondió Arturo saliendo del coche—. Iba a pedirle algo.

—Me alegro de que no te hayas marchado, porque antes me quedé con unas ganas tremendas de darte algo.

—¿Qué?

El hombre le pegó un cabezazo que le alcanzó en la ceja y se la abrió. Arturo se derrumbó. Noqueado, desde el suelo vio un hilo de sangre que corría por la frente del hombre. Temió que ahora llegara la paliza, que lo pateara, que lo quebrara. Nada ocurrió, sin embargo. El hombre se marchó.

—¿Ves? Ahora me quedo mucho más tranquilo. Alguien tenía que dártelo. Me ha tocado a mí.

Arturo permaneció un rato sentado en el suelo, apoyado contra la rueda trasera del Jaguar. Pensó que el lunes debería ir al tinte, porque la ropa se le había mojado y ensuciado de mugre y sangre. Le manaba por la ceja, notaba el ojo hinchado y lo imaginó con un moratón que arruinaría su vida social durante semanas. No se sentía humillado, su concepto de sí mismo jamás había dependido

de su rendimiento en una pelea. Pero de repente tuvo la certeza de que podrían haberlo matado en el aparcamiento de un bar de carretera al final de una jornada que había comenzado en el interior de su perímetro de seguridad existencial. Y aún no sabía cómo regresar.

—¿Está usted bien?

La voz, de inflexión eslava, le llegó desde atrás. Giró la cabeza y vio a una mujer rubia, bonita a pesar de la mala calidad del tinte y del chándal que llevaba puesto, que portaba una bolsa de viaje y un bebé en un carrito. De ahí sacó unas toallitas húmedas, se acuclilló delante de él y le limpió la cara.

—Le han atacado, ¿verdad? ¿Un atraco? ¿Llamo a la Guardia Civil?

—No hace falta. Ya estuve con ellos antes.

—¿Entramos en el bar? Yo creo que necesita que le den algún punto.

—En el bar prefiero no entrar.

—¿Le han pegado ahí?

—Algo así.

—Pues márchese a casa o a urgencias para que lo vean.

¿Puede conducir?

—No sé conducir.

—¿Está solo con este coche y no sabe conducir?

—¿Tú sabes?

—Sí, claro, como todo el mundo.

—¿Es tu hija?

—Sí, se llama Nicoleta.

—¿Adónde vais?

—A un hotel que está a un par de kilómetros de aquí.

—¿Caminando con el carrito?

—Sí, el autobús de Aranda nos dejó en Duruelo. No vinieron a recogerlos. Yo ya me lo temía. La otra vez pasó igual.

—Hagamos una cosa. Os llevo si tú conduces. Me cojo una habitación en ese hotel y descanso, que me hace falta. Ya luego pensaré en cómo volver a Madrid. ¿Está bien ese hotel al que vas?

—Es un poco particular. Pero está bien. A veces voy a otros mucho peores.

—Ayúdame a levantarme. Hola, Nicoleta. Mete el carrito en el maletero, pero no sé cómo se abre. Hay un botón dentro, en alguna parte.

—¿Te sientas detrás y llevas en brazos a Nicoleta? Es lo más seguro.

—Creo que le doy un poco de miedo.

—Es que tienes un ojo de monstruo. Muy inflado. A mí no me impresiona. Me alegro de que a mi hija todavía sí.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Paola. En el hotel me llamarán Nina, pero tú sabrás que soy Paola.

Paola tardó un poco en hacerse con el Jaguar. Lo condujo con verdadera delicadeza, como si tuviera miedo de romper algo que jamás podría pagar. Iba muy despacio, pero Arturo no le dijo nada para no agregarle presión y porque de todos modos el hotel estaba cerca. Además, bastante ocupado estaba él acostumbrándose a algo que nunca antes le había sucedido: tener en los brazos a un bebé de algo más de un año. Durante más de cuarenta años había logrado evitar semejante situación. Lo cual tenía mérito, porque en su amplísimo ecosistema social

abundaban los nacimientos, los bautizos, los champanes navideños en casas donde los árboles de Navidad se plantaban pensando en que dieran buen encuadre para *¡Hola!* La niña lo estudiaba. Le miraba el ojo tumefacto. Él aguardó un instante para comprobar si el contacto con el bebé le despertaba dentro una corriente nueva de amor y humanidad. No.

El hotel resultó llamarse Kiss Bang Bang y tener en la azotea un gigantesco neón que representaba a una mujer desnuda recostada en el interior de una copa de champán. Paola, a partir de ese instante Nina, trabajaba como fija en otro hotel de la misma propiedad situado en las afueras de Aranda y visible desde la A-1. La enviaban a este los días en que era necesario reforzar, es decir, los días de pago en las explotaciones ganaderas y agrícolas. No había encontrado con quién dejar a Nicoleta. Pero eso le había ocurrido otras veces y las chicas siempre ayudaban turnándose para cuidarla.

—¿Aquí es donde yo voy a coger una habitación?

—La verdad es que es difícil porque hoy harán falta todas. Pero vamos a preguntar.

—Pero, Paola, no puedo quedarme en un puticlub. Con perdón, ¿eh?, no quiero faltarte al respeto. Muchas mujeres de tu profesión son amigas mías en Madrid.

—Si no te gusta, puedes irte, por supuesto. Pero yo no puedo conducirte el coche más. Tendrás que encontrar a otro.

El aparcamiento estaba lleno. Había furgonetas y pickups que sugerían el trabajo rural, pero también algún coche de marca. En ese momento, Arturo vio entrar el Patrol de la Guardia Civil, que hacía una inspección rápida. Los

guardias vieron a Arturo y le sonrieron con picardía; parecían congratularse de que su situación hubiera mejorado.

—¡Me alegro de que ya haya encontrado a su amiga!

—No, no... Esta no...

Cuando entraron, Nina se despidió de Arturo y enfiló con la niña en brazos hacia las habitaciones. Arturo se acercó a la barra después de comprobar que, a pesar de los azares del día, las tarjetas de crédito seguían en su sitio. La ceja herida, el ojo morado y el goteo de sangre en la camisa no pasaron desapercibidos. Pero solo entre los más cercanos, porque la oscuridad del local hacía difícil distinguir rasgos a cierta distancia. A su alrededor, hombres, solitarios algunos, en pandilla otros, invitaban a beber a mujeres vestidas con ropa interior. De vez en cuando, una pareja llegaba a un acuerdo y se iba de la mano hacia las habitaciones. Algunos hombres tardaban muy poco tiempo en regresar con una cara satisfecha, como de haber atropellado un ciervo adrede.

Arturo pidió un negroni. La camarera no sabía qué era un negroni. Pero podía intentar hacérselo si él le explicaba cómo.

—Aquí estamos para cumplir los deseos del cliente. Solo necesitamos instrucciones.

—Le estás dando un sentido nuevo a la expresión hacer un negroni.

—Tenemos toda la noche para buscar sentidos nuevos. Y posturas nuevas.

—Déjalo. Solo quiero beber. Venga, ponme un gintonic de los de toda la vida. De MG, para adaptarme al lugar. ¿Tú sabes si puedo coger una habitación?

—¿Para dormir? —preguntó, estupefacta, la camarera.

—Sí, aunque sea un rato. Para descansar, para pegarme una ducha, para pedir socorro.

—Ahora eres tú el que le está dando un sentido nuevo a una expresión. La de pedir cosas raras.

—Déjalo. Solo el gintonic.

Bebió rápido y pidió otro, acodado en la barra, palpándose a veces el ojo. En dos o tres ocasiones, alguna chica se le acercó para ofrecerle conversación y hacerse invitar a un benjamín de cava o a un zumo cobrado a precio de negroni. Como las rechazó a todas dejaron de ir, conscientes de que ahí no había nada que sacar. Arturo corría el riesgo de llamar la atención de los machacas de seguridad si continuaba bebiendo sin interesarse por las mujeres. Vio cómo lo miraba uno de ellos, con abrigo largo y aspecto de boxeador eslavo, y se hizo a sí mismo el chiste de que la porra de ese debía de llevar escrito en cirílico: «Recuerdo de Vladivostok». Al menos, gracias al efecto alcohólico, se sentía un poco más integrado y menos angustiado por no saber cómo iba a salir de ahí.

Nina lo llamó entonces con un ademán desde la cortinilla que separaba la sala del pasillo de acceso a las habitaciones. Pensó que le habría conseguido una. Detrás de ella había dos chicas, una de las cuales sujetaba a Nicoleta. Y tres hombres a quienes se les notaba que la presencia del bebé evocaba culpas y recuerdos de casa que no les convenían nada en ese momento.

—Me la tienes que cuidar, por favor. Nadie puede. Mucho trabajo. Me ha salido un grupal. Va a ser largo. El del bigote se divorcia y quiere celebrar.

—Pero, Paola, ¿adónde la llevo? ¿Qué hago con ella?

—Por favor, ya ha cenado, se va a dormir, tal vez haga una caca, pero se la limpias y ya está.

—¿Y ya está? ¿Te crees que cambio pañales a menudo?

—Por favor... No me llamarán más si esto es un problema. Se enfadarán mucho. Conmigo y con la niña.

Arturo agarró a Nicoleta y la bolsa con sus enseres.

—Me voy a meter en el coche con ella. Por favor, en cuanto puedas ven a buscarla.

No fue a buscarla al Jaguar en toda la noche. Arturo la pasó en vela tratando de mantener a Nicoleta caliente, de apaciguar sus lloros, de ayudarla a encontrar una postura cómoda para dormir. La tuvo recostada sobre él horas enteras durante las cuales le susurró palabras tranquilizadoras que iba encontrando en algún compartimento remoto de su memoria. Cuando un olor le advirtió de que la niña se había aflojado, buscó en el YouTube un tutorial sobre cambio de pañales e hizo lo que pudo, con menos asco del que habría presumido. De madrugada, se acordó de repente de que no se había acordado de necesitar alcohol. Al acordarse decidió que necesitaba una copa, pero no podía procurársela. Él mismo se adormeció con la niña en brazos. El aparcamiento fue vaciándose a su alrededor.

Por la mañana lo despertaron unos golpecitos en el vidrio de la ventanilla. Era Nina. Paola. Era. Estaba devastada por la noche y Arturo no quiso ni preguntarse qué sentidos nuevos de qué expresiones habían surgido del grupal.

—¿Está bien? Gracias, te lo agradezco muchísimo. Ven dentro, te haré café.

En la barra pidió un chorro de coñac con el café. No quería comer. Solo encontrar un modo de regresar a Madrid sin dejar atrás el Jaguar. Paola, algo menos Nina recién duchada y con el chándal de la víspera puesto, se le acercó con Nicoleta en brazos y acompañada por el boxeador eslavo.

—Me dice que él te conduce el coche hasta tu casa por doscientos euros. Pero que antes tenéis que dejar a algunas chicas en sus casas.

Fueron cuatro detrás, una sentada sobre las rodillas de otra. Pararon en varios pueblos de los alrededores y, cada vez que una chica bajó del Jaguar, Arturo se sintió incómodo porque lo miró una anciana de luto que venía de comprar el pan, o un hombre tocado con una gorra campera y una colilla pegada en los labios. Querría que no hubieran pensado de él lo que estarían pensando, que era un proxeneta en Jaguar a quien además esa noche habían pegado. El boxeador eslavo solo habló una vez durante los más de cien kilómetros de trayecto. Cuando le hizo el chiste de que le gustaría arrojarlo fuera a ciento sesenta para quedarse con el Jaguar.

—Tú tampoco sabrás lo que es un negroni, claro.

Era la hora del aperitivo cuando entraron por Eduardo Dato desde la Castellana. La terraza de Richelieu estaba colmada. El boxeador eslavo frenó el coche delante, en el carril de los autobuses. Apagó el contacto, tomó los doscientos euros y se marchó. En ese momento, Arturo se dio cuenta de que aún faltaban por recorrer los cuatro metros que separaban el Jaguar de la entrada del garaje. Se bajó del coche. Los habituales del bar no pudieron de-

jar de observar su ojo tumefacto, su sangre, su desaliño, su aspecto de hombre que pisaba playa después de un naufragio. Le habló Pablo, su camarero favorito.

—Don Arturo, ¿está usted bien? ¿Necesita algo?

Recuperado el conocimiento del terreno, Arturo le arrojó las llaves del Jaguar con soltura, buscó una mesa libre y pidió el *ABC* y un negroni.